

Luis XVIII; lo condujo á Francia, lo hizo juzgar contra todo derecho común y lo hizo asesinar contra todo derecho humano. (El duque de Enghien.) — Terror general; general adulación: el Senado, confirmando lo que era en puridad un hecho, votó una transformación del consulado en imperio hereditario, encargando á Bonaparte del gobierno de la República con el título de *Emperador de los franceses*; Bonaparte que tomó el nombre de *Napoleón I*; el pueblo confirmó el Senado—Consulto con un plebiscito inmenso. Sólo se opuso en el Senado Carnot, el antiguo revolucionario *organizador de la victoria*.— Esto pasaba en Mayo de 1804; en Diciembre del mismo año, el Papa Pío VII, venido expresamente á París, coronaba y consagraba á la Revolución en aquel tirano genial que era hijo de ella y restaurador de los altares católicos.

II

EL IMPERIO DE NAPOLEON.

(1804-1815.)

1. El imperio: concentración absoluta en los órdenes político, administrativo, militar y docente. El Concordato. El Código civil.—2. La conquista de Europa: de Austerlitz á Tilsitt. El bloqueo continental.—3. Los levantamientos nacionales; la insurrección española; la campaña de Rusia; el alzamiento germánico.—4. Caída del imperio.

1. *El imperio: concentración absoluta en los órdenes político, administrativo, militar y docente. El Concordato. El Código Civil.*— Ya hemos visto á la Convención recoger más bien instintiva que reflexivamente, todos los poderes en sus manos terriblemente ensangrentadas y enérgicas. Se trataba de salvar juntamente la Revolución y la Patria unimismándolas.— El Consulado se orientó, desde el motín militar que le dió vida el 18 de Brumario, hacia la translación de esa potencia absoluta á las manos del Jefe del Poder Ejecutivo: asambleas legislativas, administraciones, ejército, todo abdicó rápidamente hasta el último resto de independencia en las manos, íbamos á decir *á los pies*, del primer Cónsul.— Las asambleas electorales, cada vez más reducidas por una selección admirablemente combinada para nulificarlas en tiempo del imperio, sólo funcionan cuando se organiza *el plebiscito* (porque el imperio mantuvo siempre la fórmula de que el origen del poder es el pueblo; por eso fué un *cesarismo*), y el *plebiscito* consiste en una consulta á la nación electora propuesta siempre en forma de pregunta á que debe responderse *sí ó no*. Decir no, equivalía á declararse radicalmente en contra de un gobierno sin substi-

tuirlo por otro, lo que era *la anarquía*, lo que nunca podía hacer la masa tímida y conservadora de una nación que, en consecuencia, votaba *sí*.— Los plebiscitos fueron la base inmensa y deleznable del despotismo imperial. Encima había un *Senado* que, como el romano de los tiempos imperiales, y formado directamente por el Emperador, nombraba á su vez al *Cuerpo Legislativo* que no deliberaba, que apenas votaba *el presupuesto* y que de hecho fué á la postre suprimido. El Senado, que daba decoro y pompa al despotismo, llamaba á sus disposiciones *Senado-consultos*, siempre sugeridas por el amo.— En el orden administrativo la concentración fué tremenda: desde *el Consejo de Estado*, que elaboraba las leyes y era un supremo tribunal administrativo, hasta la última municipalidad de la más pequeña *subprefectura*, nada podía hacerse sino con el beneplácito imperial; el Emperador lo disponía todo, lo administraba todo y lo vigilaba todo; esta centralización administrativa, sueño de los monarcas absolutos y que Napoleón realizó con prodigiosa y enérgica perseverancia, aun dura en Francia casi intacta, y casi todos los pueblos de origen latino han tendido á imitarla, aun bajo las formas anticoncentralistas y federales.— El ejército en manos de Napoleón era un instrumento; *él* era su alma: disciplina implacable, exaltación sistemática del honor militar (*la legión de honor* fué una especie de sacramento militar, en que bajo las especies de *honor y patria* se simbolizaba el culto del Emperador); estímulo de recompensas que podían llegar hasta convertirse en cetros y coronas (dos generales de Napoleón, Bernadotte y Murat, fueron *reyes*; la familia del primero reina en Suecia todavía), ó en principados, ducados y condados con magníficas rentas (la nobleza creada por Napoleón forma todavía parte considerable de la nobleza francesa que aun tiene influencia social, aunque ninguna significación política). Pero como Napoleón hizo un consumo por tal modo formidable de soldados, resultó que tuvo que renovar el ejército sin cesar, y el *instrumento de lucha* se le quebró en las manos.— Napoleón concentró también la enseñanza é hizo de la *Universidad* de Francia un cuerpo monopolizador, único que en realidad podía impartir, bajo la inspección celosa de los agentes imperiales, la enseñanza secundaria y superior.— La enseñanza primaria, muy restringida, estaba encargada á la rutina irremediable de las escuelas del clero.— Lo que Napoleón quería era que la Universidad educara á la burguesía en la devoción del imperio y la hiciese apta para servirlo y sostenerlo.

El *Concordato* fué un tratado de paz celebrado entre la Revolución representada por un gobernante absoluto de hecho (todavía era Bonaparte *primer Cónsul*) y la Iglesia católica representada por su jefe absoluto, el Papa. La Iglesia convenía en que las ideas y los intereses creados por la Revolución

formaban parte del modo de ser de Francia, y que la Revolución se convenía de que, á pesar de sus tremendas medidas anticristianas, el catolicismo continuaba siendo la creencia de la mayoría del pueblo. El *Concordato* reconcilió á esa mayoría con la Revolución y dió á Bonaparte el prestigio de un pacificador de las conciencias, de un tranquilizador de las familias.—Poco ó nada creyente, lo que buscaba Napoleón era no sólo ese prestigio, sino realizar el designio de hacer del clero un agente de fuerza incontrastable de su ambición imperial: pudiera afirmarse que lo logró. El Papa Pío VII renunció á recobrar los bienes que la Revolución había nacionalizado; sólo los edificios destinados al culto fueron restituidos, y si la Iglesia católica fué declarada *oficial*, el gobierno se reservó una parte principal en el nombramiento de obispos, y éstos y los curas recibieron sueldo de la República.

El *Código Civil* fué una de las magnas obras consulares de unificación entre las que procedieron á la organización del imperio napoleónico; puede decirse que este Cuerpo de derecho consignó de un modo definitivo, en fórmulas jurídicas, la obra social de la Revolución, basada en la *igualdad civil*. La idea primordial del *Código Civil* fué de la Constituyente prohijada después por la Convención; pero Bonaparte la realizó, tomando parte personal y frecuente en la discusión de la ley ante el Consejo de Estado y en las resoluciones finales.

—Ciudadanos iguales, propiedad libre, Estado laico, tales son, en su última condensación, los principios en que vivía y vive la Revolución y que son ya «el derecho común de las naciones civilizadas,» como un conspicuo comentador del Código,—Napoleón ha dicho. El antiguo régimen de *bienes y derechos* quedó modificado en el sentido que de los principios revolucionarios fluía; en cambio, cuanto á las obligaciones y su teoría se refiere fué tomado del Derecho romano.—Mucho de lo contenido en el Código y que respondía á preocupaciones propias del primer Cónsul que quería hacer radicalmente conservadora á la sociedad francesa, puesto que él tenía el poder (los poderes maritales, paternos, etc.), es insostenible, lo mismo que cuanto proviene de las ideas económicas y sociales que hace cien años eran generales y se reflejaron en la ley.—Pero en todo lo demás conserva su inmovible valor y en él se han informado todos los cuerpos de Derecho Civil modernos.

2. *La conquista de Europa: de Austerlitz á Tilsitt. El Bloqueo continental. Apogeo Napoleónico.*—Aun quedaba á Napoleón una esperanza en el mar, en el duelo inmenso á que lo provocaba Inglaterra; la escuadra reunida á la española podía maniobrar de tal modo que ó alejase la principal de las flotas inglesas de las costas de Francia ó le sirviese para proteger el supremo golpe que el flamante Emperador preparaba á su rival: desembarcar un ejército en las cos-

tas de la isla y dictarle la paz en Londres debelada. Toda la costa, desde los límites de Alemania hasta los de España, se puso en trabajo para realizar el gigantesco plan, y el ejército invasor se escalonaba desde el Rhin hasta Boulogne.—La alarma creciente de las Cortes de Berlín, Viena y Petersburgo, ante la ambición del Emperador que se había declarado rey de Italia y comenzaba á repartir sus conquistas entre sus parientes y familiares, favoreció la formación de una coalición nueva contra Francia (la tercera) bajo los auspicios de Inglaterra que pagaba.—Cuando Napoleón entrevió este ataque previsto ya, abandonó temporalmente su idea de invadir la isla, y haciendo ejecutar un simple y gran movimiento á su ejército, lo puso rápidamente en aptitud de aislar á los principales coaligados (austriacos y rusos), hizo capitular en Ulm un ejército austriaco, y en una batalla típica (Austerlitz,—Diciembre de 1805) celebró el aniversario de su coronación, desbaratando á los rusos y obteniendo la más espléndida victoria de los fastos imperiales.—Dos meses antes, en el mismo día que capitulaban los austriacos en Ulm (Octubre de 1805), Nelson, en Trafalgar, destruía las escuadras francesa y española unidas y moría, pero deshaciendo de un golpe el ensueño napoleónico de la invasión insular. Napoleón, ebrio de orgullo y de ambición, persistió, con más decisión que nunca, en dar á su duelo con el poder británico proporciones inauditas.—Celebró en Petersburgo la paz con el Emperador de Alemania, trastornando á su gusto el mapa político y dinástico de Europa; concluyó oficialmente el imperio germánico fundado por Otto el Grande en 962; el Emperador vencido, Francisco II, sólo fué ya *Emperador de Austria*; el reino de Italia creció con el Veneto, la Dalmacia, etc., y Napoleón quedó reconocido como su Rey hereditario (1806). A consecuencia de todo esto se formó una Confederación del Rhin, en que entraron los flamantes reinos de Baviera y Wurtemberg (devotos de Napoleón), y dos hermanos del Emperador, Luis y José, fueron reyes de Holanda y Nápoles.—Sus otros parientes y sus mariscales obtuvieron principados y ducados.—Aquel hombre parecía un joven Carlo-Magno.—Pero todavía los rusos quedaban en pie, y tales fuerzas allegaban, que parecían intactos; el Rey de Prusia, aliado del Tzar, aunque ostensiblemente en paz con Napoleón, prepara á la guerra su ejército formado por Federico el Grande; los ingleses que habían parecido, á la muerte de Pitt, inclinarse á la paz, tornaron á la lucha, y pronto Napoleón se encuentra amagado por la 4.^a coalición (Inglaterra, Prusia, Rusia); Prusia se adelanta; vencido y deshecho su ejército en las batallas simultáneas de Iena y Auesstaedt por Napoleón y Davout, el mejor de sus mariscales, se ve reducido tras la pérdida de Berlín, á arriarse á Rusia.—En una campaña sangrienta que duró de fines de 1806 á

mediados de 1807, Napoleón venció y destruyó la coalición, tras la tremenda batalla de Eylau, la capitulación de Dantzig y la batalla de Friedland, que fué decisiva y dejó en manos del ejército francés toda la Polonia y la Prusia entera.—Centenares de miles de hombres habían entrado en la lucha, largo número de millares había perecido en ella, y el Tzar Alejandro, nervioso y sentimental, pidió admirado y horrorizado la paz al vencedor. Se llamó *la paz de Tilsitt* (Julio de 1807). Napoleón sedujo á Alejandro y trató de comunicarle su pasión contra Inglaterra, haciendo brillar á sus ojos la posesión de Constantinopla, desde donde emprenderían juntos gigantescas expediciones en Asia, de donde barrerían hasta la sombra británica. Lo positivo era que dejaba al vencido la facultad de ocupar Moldavia y Valaquia (hoy Rumania) y arrebatara Finlandia á los suecos.—Polonia, que se había casi esclavizado á Napoleón, á quien daba lo mejor de su juventud, de su belleza y de su sangre, porque veía en él un nuevo Mesías que le daría su libertad, quedó encaadenada á su tumba, y Prusia, reducida á la región comprendida entre el Elba y el Niemen, abandonó parte de su territorio para formar el nuevo reino de Westfalia, destinado al menor de los Bonapartes (Jerónimo). En suma, el verdadero soberano de Alemania fué, desde aquellos días, Napoleón.

Aliados y protegidos, desde Rusia hasta España, debían entrar en su inmenso plan de cerrar á Inglaterra las puertas del comercio europeo; esto se llamó *el bloqueo continental*.—Decretado desde Berlín, en Noviembre de 1806, aquel conjunto de medidas en que se declaraban bloqueadas las Islas Británicas, cerrados los puertos franceses ó de sus aliados á todo artículo que proviniese de Inglaterra y de sus colonias; prisioneros de guerra á todos los ingleses que fueren hallados en los países aliados; confiscados todos sus bienes; sorprendió y asustó á la Europa entera, ya como acto inaudito de despotismo, ya como exhibición fulminante de una ambición sin freno.—Otras medidas que ponían á los neutrales que se sometieran á ciertos requisitos decretados por los ingleses en la misma categoría de éstos, acabaron de completar los lineamientos de aquella obra formidable, imposible de ejecutar, sin que Napoleón ejerciese un dominio directo y efectivo sobre todas las costas europeas, empeño concebido por él, que lo llevó á determinaciones colosales, sostenidas por guerras á la altura de sus propósitos. Pero su ambición lo empujaba todo, su inteligencia sorprendente lo medía todo, y su voluntad lo gobernaba todo. De ese hombre, cuyos ímpetus verdaderamente espantables de carácter, lo hacían parecer como un insensato, sometido á exaltaciones y depresiones nerviosas que parecen indicios de epilepsia larvada; de ese hombre, ha dicho hermosamente Taine: «para medir la voluntad de Napoleón no basta darse cuenta de la fas-

cinación que ejerce, contar los millones de almas que cautiva, valorizar la enormidad de los obstáculos externos que ha superado; precisa, sobre todo, representar la fuerza y el ardor de las pasiones internas que sofrena y conduce como un atalaje de caballos espumantes y encabritados; es el cochero que, rígidos los brazos, doma sin tregua esos corceles casi indomables, dirige su arranque, coordina sus saltos y utiliza hasta sus escapes para lanzar su carro rápido y resonante por encima de los abismos.»

3. *Los levantamientos nacionales: la Insurrección española; la campaña de Rusia; el alzamiento germánico*.—Había tanto de artificial y facticio, de contrario á los intereses mercantiles de los países ligados á Napoleón, en su sistema, débil por lo mismo que colosal, de bloqueo de un pueblo, que *el contrabando* practicado en enorme escala primero, y luego un plan no premeditado pero sí espontáneo de los aliados de Francia para eludir los compromisos contraídos con el inflexible enemigo de Inglaterra, llevaron al colmo las airadas exigencias de Napoleón y crearon entre él y sus aliados y sus hermanos mismos (como el Rey Luis de Holanda) un estado tan violento, que precisaba, para contener á los comprometidos y á los neutrales, indirectamente comprometidos también en el límite de sus obligaciones, una ostentación de poder y fuerza armada que convirtiera al régimen napoleónico en una especie de *terror internacional*.—Las costas del Mar del Norte estaban bajo su dominación directa (*Hamburgo* llegó á ser la capital del departamento francés de *Bocas del Elba*), y la supresión del reino que había regalado en Holanda á su hermano Luis (el padre del futuro Napoleón 3º), reino anexado á Francia en 1810, levantaron en el litoral más necesario para el comercio continental de Inglaterra un muro infranqueable. En el Atlántico europeo quiso seguir la misma política: el obstáculo era Portugal, de tiempo atrás sometido mercantil y marítimamente á los ingleses. Napoleón complicó en sus miras á España, gobernada en realidad por el frívolo y odiado amante de la mujer de Carlos IV, por el célebre duque de Alcudia y príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy: franceses y españoles atacaron á Portugal con el propósito de dividírselo; Junot y sus franceses ocupan Lisboa; Napoleón decreta que la casa de Braganza ha cesado de reinar en Europa, y el rey de Portugal huye al Brasil.—Francia guardó toda la conquista, y con el pretexto de defender á España, su aliada, comenzó á ocupar las plazas fuertes del Norte de la Península; cuando el imbécil D. Carlos IV llegó á percatarse de lo que le amenazaba, se apercibió á partir para la Nueva España. Pero el pueblo, hacía tiempo indignado contra Godoy y movido y removido por los elementos antifranceses y antirrevolucionarios por ende y también por los patriotas, obligó á Carlos á abdicar

en su hijo Fernando que entró en triunfo en Madrid, precisamente cuando llegaban á la real villa Murat y los franceses.—Carlos IV apeló á Napoleón y éste llamó á toda la familia real á comparecer ante su tribunal en Bayona; se sometió á su arbitraje aquella menguada tribu borbónica, y entonces el implacable déspota deshizo la abdicación, devolvió la corona á Carlos, que la cedió *al augusto Emperador de los franceses*, quien la endosó á su hermano José, rey de Nápoles y ahora José I de España.—El sucesor del rey de Nápoles, Murat, cuñado de Napoleón, había entretanto fusilado al pueblo de Madrid en rebelión (2 de Mayo de 1808) y bautizado con heroica sangre plebeya la insurrección de la patria española: así respondieron los españoles á la paternal elocuencia del Emperador que les decía: «He visto vuestros males y los he remediado; vuestro poder forma desde hoy parte integrante del mío; tened plena confianza en mí; quiero que vuestros más remotos pósteros conserven mi recuerdo y digan: es el regenerador de nuestra patria.»—Cuantos campesinos ó urbanos y nobles ó plebeyos pudieron tomar las armas, formaron grupos de combatientes que fanatizaba la voz de los frailes, cual si de una guerra de religión se tratase; en las ciudades no ocupadas por los invasores se organizaron *juntas*; la Junta de Sevilla, que se apellidó *Central*, tuvo al fin que refugiarse en Cádiz, en donde se disolvió después de crear una *junta de regeneración* (Enero de 1810) que convocó á *Cortes* á los representantes de las provincias de España y sus colonias en un célebre documento que contenía el fallo de la nueva nación española, vivificada por el soplo de la Revolución francesa sobre el gobierno colonial: «Desde este momento, decía, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro, mientras más distantes estábais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.» ¡Quedaba así justificado de antemano el movimiento de independencia de las colonias!—Al servicio de la causa nacional se pusieron los restos del ejército del rey, y ellos y los grupos innumerables del pueblo combatiente, distribuido en guerrillas, lograron contener en Andalucía los avances del ejército francés (Bailén). ¿Comprendió Napoleón, desde entonces, que la sumisión de España era una empresa en que se había embarcado mal, como dijo luego en Santa Helena? Los ingleses, dueños de una parte de Portugal, en donde habían hecho capitular á Junot, daban la mano al levantamiento español. Napoleón fué á España, sus lugartenientes vencieron casi siempre á ingleses y españoles; entonces se verificó el segundo sitio de Zaragoza que fué el pasmo del mundo civilizado por el heroísmo que desplegaron sus defensores, acaudillados por Palafox.—Napoleón logró devolver

Madrid á su hermano, tratando á los españoles que, inspirados por sus curas y sus frailes, veían en él la encarnación de Satanás, como un amo paternal. Antes de dejar Madrid, en donde José manifestaba intenciones, vanas por supuesto, de sacudir la tutela férrea de su terrible protector el Emperador, decretó la abolición del régimen inquisitorial, de los derechos feudales, de las aduanas interiores, medidas profundamente benéficas que los españoles ni quisieron, ni debieron apreciar: primero estaba la patria. En Enero de 1809 partió á caballo desde Valladolid á Bayona y á carrera tendida el emperador Napoleón; una amenazadora tormenta relampagueaba en el Danubio.

Austria había sido vencida y humillada y desmembrada, pero no desarmada. Italia, su ensueño dorado, no podía ser irremisiblemente perdida para ella; Alemania, el movedido apoyo de los Habsburgos, no podía quedar definitivamente bajo la bota de un advenedizo (un día los Habsburgos habían sido también advenedizos); soliviantada por el odio prusiano, incitada por el oro inglés y convencida por la guerra de España que había alejado de Alemania todo un ejército napoleónico, que se consumía hora por hora en la heroica y tenaz península, Austria, con cualquier pretexto, inició la guerra que encontró á Napoleón menos bien preparado que solía y se desenvolvió en la difícilísima campaña de 1809, en que Napoleón se vió expuesto á serios reveses, en la que libró batallas cruentísimas é indecisas como la de Essling y se desenlazó en Wagram que fué un gigantesco esfuerzo de Napoleón que le dió la victoria, pero no destruyó al ejército austriaco.—La paz siguió, y á la paz, en el año siguiente (1810), el divorcio de Napoleón y la hermosa criolla Josefina, la gran pasión de sus primeros años de gloria, y como consecuencia de ese divorcio, su casamiento con María Luisa, una hija del Emperador de Austria.—El imperio tocó á su apogeo en 1811; la Europa continental lo temía, el occidente lo obedecía: sembraba dinastías por donde quiera; tenía un séquito de soberanos y era el asombro del mundo. Puntos negros en la irradiación de su gloria: el implacable odio inglés sobre que se apoyaba como una palanca de acero el patriotismo español. La guerra de España era un infierno para los soldados imperiales; no había cuartel posible, no había un palmo de terreno suyo, sino el que compraban con su vigilancia ansiosa y con su sangre. Los guerrilleros feroces, indomables, renovaban en los campos las hazañas de los tiempos legendarios; las ciudades se defendían á veces, como Gerona y Zaragoza, con un valor que pasmaba á sus debeladores. Los franceses se multiplicaban, los mariscales desplegaban toda su pericia (y también toda su envidia mutua y su avidez insaciable); el rey José mordía rabioso, pero impotente, el freno de su hermano, y procuraba en vano atraerse á sus súbditos á fuerza de determinaciones sen-

satas y progresistas; todo era inútil. El ejército inglés comenzaba á infligir serias derrotas á los mariscales que renunciaban á la reconquista de Portugal y comenzaban á reconcentrarse en España.—Otro punto negro: Napoleón había reunido al imperio los Estados pontificios, revocando «la donación territorial que su antecesor Carlomagno había hecho al Papa.» Este contestó con una excomunión digna de los tiempos de Hildebrando y marchó prisionero á Francia. La opinión católica se le separó y perdió esa fuerza moral formidable; no era ya el restaurador de los altares.—Tuvo un hijo que fué apellidado sacrilegamente para los creyentes *Rey de Roma*, y fuerte con la alianza insegura de Austria y la sumisión forzada de Alemania, se propuso avasallar definitivamente á Rusia y le declaró la guerra. Pudo esa guerra formidable que iba á quemar las alas de las victorias napoleónicas en la hoguera de Moscow y amortajar su inmenso ejército con un sudario de nieve, haber sido evitada. Napoleón, aconsejado ya solamente por su ambición y su orgullo ilimitados, no lo quiso así. Son estas palabras suyas: «yo no nací en el trono; debo sostenerme en él por el mismo medio que á él llegué, por la gloria; debo subir y subir siempre, si me detengo soy perdido.»—A pesar del ejército que le tragaba España, pudo, exprimiendo los 130 departamentos del imperio, desde el de Cataluña hasta el de Hamburgo, y exigiendo sus contingentes á todos los aliados, incluso Prusia y Austria, reunir cerca de un millón de hombres y hacer pasar el Niemen á quinientos mil y más de mil bocas de fuego.—Polonia, que había dado á aquel hombre, en quien se obstinó en ver un redentor, la flor de su sangre y de su juventud («los polacos son excelentes para amueblar un campo de batalla» había escrito cruelmente Napoleón) creyó ver llegada la hora de su libertad.....El emperador pasó y se hundió en las estepas rusas.—La marcha de medio millón de hombres y largos millares de caballos, era para la cohesión y la alimentación en un país sistemáticamente devastado, un problema que se renovaba diariamente. Ya cerca de Moscow, el ejército ruso se aglomeró y presentó desesperada resistencia; la mortandad fué espantosa, y puede decirse que el ejército francés vencedor, entró gravemente herido á la capital religiosa del imperio. Poco después la ciudad santa era metódicamente incendiada; casi agotados los víveres, sin esperanza de paz, en la boca del invierno despiadado de aquellas latitudes, Napoleón ordenó la retirada.—Fué trágica. Los ejércitos rusos, rehechos unos, intactos otros, vencidos parcialmente algunas veces, vencedores de cuando en cuando, complicaron terriblemente la obra de frío y hambre del invierno; el ejército francés, de vuelta, penetró en Polonia diezmado, desmoralizado, perdido; salió acompañado de los rusos como bandadas de cuervos que atisban la presa, aniquilado, agonizante, mori-

bundo, reducido á 75,000 hombres, reducido á menos en el terrible paso del río Berezina y obligado á atravesar lentamente la Alemania central (fin de 1813 y principios de 1814) en plena derrota, mientras los aliados desertaban y el tzar de Rusia rehacía la coalición de Austria, Prusia, Rusia, Suecia, Inglaterra y Alemania.—Cerca de medio millón de hombres muertos, heridos ó prisioneros habían quedado en las estepas rusas.

Napoleón vuelve á París, se hace decretar, entre nubes de felicitaciones y alabanzas, nuevos contingentes de guerra; se muestra dispuesto á exprimir á Francia hasta la última gota de sangre; improvisa batallones de adolescentes y los lanza sobre Alemania, en cuya parte occidental se reúnen los dispersos de la espantosa retirada de Rusia. A la voz del tzar de Rusia y del rey de Prusia, Alemania se levanta; los soberanos usan el vocabulario democrático y revolucionario para llamar á los pueblos á la libertad: éstos responden; las sociedades secretas se tornan públicas y excitan frenéticamente á la lucha; resuenan los augustos gritos de los filósofos, como Fichte, que tienen por eco los entusiasmos de la juventud de las universidades; los poetas levantan los corazones; al apagarse los vivacs franceses, se enciende en Alemania la aurora de la libertad: existía una patria alemana!—El terrible Emperador—á quien Moltke había de llamar, cerca de un siglo después, el primero de los hombres de guerra—no se arredró; tornó á la lucha, tornó á Alemania; vencedor en dos ó tres batallas sobre los ejércitos de la coalición, rechazó condiciones de paz que le habrían conservado un imperio del Pirineo al Rhin (España estaba perdida ya para los franceses, y perseguido por los ingleses y los españoles, el rey José había pasado la frontera) y siguió la guerra; encerrado en Léipzig en un cerco armado, después de cuatro días de batalla, tuvo Napoleón que sucumbir y retirarse con su nuevo y postrer ejército otra vez deshecho (Octubre de 1814).

4. *Caída del Imperio.*—La campaña de Francia, la defensa del suelo patrio contra los ejércitos coaligados que cada día crecían á oleadas, es una maravilla de audacia, de actividad, de genio estratégico; resucitaba el Napoleón de la campaña de Italia, cuando con puñados de soldados bisoños y haraposos deshacía los ejércitos austriacos. Pero al fin lo aplastó el número de los invasores y lo remató la desertión de alguno de sus primeros mariscales (Marmont, duque de Ragusa). Dueños de París los aliados, quedó el Emperador (que había intentado en vano suicidarse) á merced de los vencedores á quienes abandonó su hijo con una abdicación que no fué respetada, sobre los fragmentos de su quimérica corona de *Rey de Roma*.—Los Borbones, á pesar de la repugnancia del Emperador Alejandro de Rusia, volvieron á Francia, y el obeso y gotoso hermano de Luis XVI subió al trono con su bandera blanca

de las flores de lis entre las manos y el nombre de Luis XVIII. Era un príncipe casi liberal y bondadoso y culto. Empezó á reorganizar en un sentido coconstitucional el nuevo reino de Francia, obligado á pasar por los resultados administrativos y legislativos de la Revolución, incrustados por las codificaciones napoleónicas hasta en los huesos de la nueva sociedad francesa, y teniendo por instrumentos de esta reorganización á los hombres mismos de la Revolución (aun algunos de los que habían votado la muerte de su hermano Luis XVI), y que Napoleón había empleado, utilizado, sellado con blasones de duques ó príncipes.—El ejército, licenciado en parte y distribuido, hambriento y excitado por su incalmable ensueño de guerra y de gloria, en diversas regiones del país; la burguesía recelosa de que la Iglesia y los emigrados la privasen de los bienes y ventajas con que la inmensa desamortización revolucionaria la había obsequiado, y un malestar general del pueblo que, á pesar de haber sido sangrado por el imperio hasta la anemia, volvía sin cesar los ojos hacia el hombre estupendo confinado en una isla italiana y á quien la derrota había rodeado de una especie de prestigio doloroso, hicieron fácil la vuelta de Napoleón, la sumisión instantánea de Francia y la nueva tentativa imperial de luchar contra la Europa entera, para arrancarla, como en Austerlitz ó Tilssit, una paz que lo reconociese dueño del Occidente. Era imposible; tras una campaña memorable en Bélgica, fué Napoleón definitivamente vencido por los ingleses de Wellington (el reconquistador de España contra los franceses) y los prusianos en Waterloo (Junio de 1815); quiso, demasiado tarde, refugiarse en los Estados Unidos, y tuvo al fin que entregarse prisionero á los ingleses; «quería sentarse como Themistocles en el hogar del pueblo británico bajo la protección de sus leyes.» El gobierno inglés lo relegó á la isla africana de Santa Helena, en donde le secuestró implacablemente. Después de seis años de tortura moral y de noble y silenciosa agonía, Napoleón murió allí el 5 de Mayo de 1821.—Combatido, escarnecido, anatematizado, luego venerado como un semidios por el pueblo francés de cuyos instintos bélicos y de cuyos arranques apasionados por la gloria fué una soberana encarnación, la historia todavía no puede juzgar fría y desapasionadamente á este hombre, y tendrá que renunciar á rectificar con éxito su leyenda. Como era realmente un varón extraordinario en sus cualidades y defectos; como parece que sin él la Revolución no hubiera renovado al mundo civilizado como lo renovó, y como parece que sin él no hubiera transformado la sociedad francesa como la transformó, aun domina y se impone—Habría que dejar pasar un siglo más para que la historia pueda abarcarlo y juzgarlo.

BREVIARIO DE LA HISTORIA DEL SIGLO XIX.¹

I. Los Acontecimientos culminantes.—II. Progresos y problemas.

I.

LOS ACONTECIMIENTOS CULMINANTES.

Los sucesos del orden político (que á su vez son determinados directa ó indirecta, pero seguramente por causas ó fenómenos sociales) á que pueden referirse los principales acontecimientos de la historia ostensible del siglo que acaba de fenecer, desde la caída del régimen napoleónico, son sintéticamente los siguientes:

- I. Creación de la Europa postnapoleónica.
- II. Advenimiento de los pueblos latinoamericanos á la vida nacional.
- III. Consolidación lenta del constitucionalismo europeo.
- IV. El Pueblo Norteamericano

1. *Creación de una Europa postnapoleónica en 1815.*—El inmenso trastorno (no puede llamarse transformación, porque todos los cambios obedecían á intereses dinásticos ó de dominación) causado por Napoleón I en la carta de Europa, exigía una redistribución de comarcas entre los Estados coaligados contra el Emperador, y esta labor se encomendó á un Congreso diplomático formado por los Soberanos vencedores ó sus Plenipotenciarios, que se reunió en Viena en 1815.—Desentendiéndose casi por completo de los intereses de los pueblos que aspiraban á tener vida propia, el Congreso de Viena disminuyó á Francia en sus fronteras, la obligó á pagar una enorme indemnización de guerra y á costear el sostenimiento de los ejércitos extranjeros que la ocupaban, y la redujo á los límites que antes de las guerras de la Revolución tenía; quedó rodeada de una cintura de pequeños Estados que la vigilaban: (Países Bajos; Holanda y Bélgica; Suiza; el Piamonte) y puesta en contacto con Prusia en el Rhin.

¹ Esta parte no puede ser aprendida por los alumnos: son simples temas generalísimos de lectura si el tiempo alcanza. Pero sobre ellos no debe ni hacerse el primer diálogo entre el profesor y los discípulos, e. d., el que sirve para indicar si la lección se ha comprendido; ni el segundo, el que revela que la lección se ha retenido. Pero los alumnos que la lean pueden pedir explicaciones al profesor.